

MÁLAGA EN SU HISTORIA



**COSMOPOLITISMO
PLURALISMO
MEDITERRANEIDAD**



Si la historia es una inmensa y apasionante aventura, nos cabe la posibilidad de participar en ella —bien que a distancia y lejanía— a través de la reconstrucción de ese pasado que, como diría Zubiri, «se ha realizado» en el hoy que nos circunda. Retroceder en el tiempo, para volver a recorrerlo camino de nuestro presente, es una forma de tratar de «convivir» —valga el simil— con aquellos hombres que fueron construyendo el mundo con el que nos hemos encontrado. Rehacer el pretérito —al historiarlo— es una manera que nos ha sido dada a los que tenemos «el oficio de historiador», de revivirlo. Riesgo y ventura de los que entre archivos, papeles viejos y libros antiguos andamos a la greña para intentar comprender **qué fue** nuestro pasado, **cómo** se desarrolló y **de qué manera** nuestros predecesores articularon su destino.

Historia y presente

El pasado —la historia— y el presente son fenómenos íntimamente trabados, y por ello puede pensarse que el conocimiento histórico es la mejor vía de aproximarse a la comprensión de una realidad determinada. Brevemente dicho: se **es** como resultado —condicionante; no determinante— de **lo que se ha sido**. Considerado así, el pasado genera el presente que, a su vez, posibilitará el futuro. Queda el presente, en consecuencia, como una encrucijada entre el ayer y el mañana, ya que no es más que el resultado acumulativo de un pretérito y la coyuntura dinámica creadora del futuro. De aquí, que la preocupación por nuestro presente más inmediato nos debe de impulsar, si somos consecuentes, a la indagación del pretérito. Desde esta perspectiva, la Historia —la ciencia de la historia— es una **ciencia viva**, necesaria para comprender cabalmente en dónde estamos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Dicho de otra forma: si queremos saber quienes somos, cómo somos y por qué somos así, hemos de resolver, claramente, **quienes hemos sido**.

La cuestión de la historia regional.

Si en general, no podemos hablar de unidades, sino de **mundos fraccionados**, mucho más verdad es esto cuando nos acercamos al caso español.



VISTA DEL EMBARCADERO DEL PUERTO DE MÁLAGA

España ha vivido su historia (**ha sido en su historia**, dijo don Américo Castro) no como una unidad, sino como una **pluralidad**. Ha sido varia, y descaradamente distinta, en esta variedad. En esto coincide también Laín Entralgo. Por eso, la «historia de España» es la conjunción o resultante de las «plurales historias de España». No hay **una** realidad histórica de España (a no ser que la entendamos como una acumulación de muy diversas realidades que configuran su multiforme «vividura»), sino **múltiples**, que dan lugar, al decir de Laín, a distintos modos «de ser y de vivir», que desembocan en una «vida conflictiva». De aquí, una peculiar arritmia que debe analizarse y desde cuyo conocimiento podremos alcanzar la fijación de esas **diversas realidades** que componen la dinámica histórica general. Malamente se puede hacerla historia de España si no conocemos con precisión esos desfases internos, las peculiares formas de participación de las «historias regionales» en el conjunto de la «historia nacional»; en consecuencia, solo podremos llegar a tener clara nuestra historia nacional una vez estudiada y conocida la estructura y la dinámica de las diversas áreas regionales.

El análisis en profundidad, al tener como marco de estudio la región, nos permite tomar el pulso a estas áreas reducidas y compararlo con el ritmo general del país. Se llega a conocer así su desviación con respecto al cuadro total nacional y a ver qué causas la producen. Alcanzamos, por este camino, el conocimiento histórico en toda su rica variedad y llegamos a captar el auténtico proceso dialéctico, no solo de la región en sí, sino de ésta con respecto a la evolución del país. Por eso, solo cuando conocemos el desarrollo histórico del área estudiada, podemos insertarlo en el horizonte más amplio de la historia nacional (y, aún, de la general) y explicar adecuadamente cual ha sido su papel. Se evidencian, de inmediato, las diferencias regionales —en ciertos momentos, dramáticas— en la marcha general del país. Aparecen, entonces, casi diáfanas las causas profundas que han motivado virajes históricos, rupturas de ritmos determinados.



VISTA DE LA ADUANA DE MÁLAGA



VISTA DEL CASTILLO DE GIBRALFARO TOMADA DE LA PLAZA DE LA VICTORIA

Málaga en su historia.

Málaga desde hoy y echando la mirada atrás; indagando hacia el pasado, para comprender el presente. Porque la reflexión brota desde el atisbo de los problemas en medio de los que la sociedad actual se debate. ¿Qué ha sido, pues, Málaga? ¿Qué andadura —singladura habría que decir, ya que es tierra marinera— ha ido haciendo?

¿Cuál fue la «intrahistoria», que diría Unamuno, que constituyó su veta esencial?

Conocemos los hechos, la pura flora que asoma sobre el suelo —las «instantáneas de la historia», que escribe Braudel—, pero nada, o casi nada, sabemos de sus raíces, de su textura profunda. Y precisamente hacia este objetivo debe de dirigir su atención el historiador. Se trata de saber hasta qué punto Málaga tiene una personalidad propia, una peculiar manera de comportarse en la historia.

Cómo Málaga es en su historia.

Don Américo Castro, refiriéndose al «origen, ser y existir» de los españoles, habla de «cristianos, moros y judíos». También para Málaga hay que mencionar a judíos, moros y cristianos, y algo más: fenicios, griegos, romanos. Foráneos, en general. Porque Málaga, mundo «de cara al mar», ha sido un «campo abierto» en el que, a lo largo de los siglos, han vivido y convivido hombres de los más distintos pueblos, razas y culturas. Se llegan así a constituir, pienso, los ingredientes esenciales del ser de Málaga: su **cosmopolitismo** y, con él, su **espíritu liberal** y su **pluralismo cultural**.

Cabría decir, su **esencial mediterraneidad**.

La historia de Málaga, desde sus mismos orígenes, es una aventura y un misterio. ¿Quiénes son, en puridad, los primeros malagueños? ¿Qué hay en el fondo de ese binomio Malaka-Mainake? Una cosa es bien cierta: que desde los momentos iniciales, pueblos distintos se cruzan en esta franja litoral que, quebrada por los ríos, cierran y abrazan los «montes de Málaga». Fenicios, griegos y romanos

construyen un solar —una «morada vital»— sobre el que árabes y judíos, con los cristianos que aquí quedaron tras la conquista, según nos ha enseñado Guillén Robles, articulan ya una historia, una cultura peculiar. Zona de aluvión, cruce de pueblos, ámbito abierto al mar y a la civilización, se va fraguando **una manera de ser y de vivir** que será substrato profundo y esencial en la posterior singladura de la historia malagueña.

Formose de este modo una sociedad «encerrada en un rincón, quizá el más bello de la tierra andaluza» (Guillén Robles), que mostró sus grandes cualidades «en artes, letras y armas» y su amor profundo al suelo en el que, con los siglos, había enraizado. Los Reyes Católicos, cuando la Edad Media culminaba su ocaso, vinieron a



Vista del arco de Granada en la Alcazaba DE MÁLAGA

truncar esta trayectoria; aunque para ello mucho tuvieron que esforzarse pues cuentan las **Crónicas** que fue Málaga «la ciudad que mejor se defendió y que en más aprietos puso al rey, y donde más cosas dignas de encomendarse a la memoria pasaron».

Y así Málaga quedó cristiana y se dispuso a iniciar nuevos rumbos; había sido capaz de recibirlo todo y de todo asimilarlo para ir haciéndose a sí misma. Y en este crisol, en el que de nuevo aparecían los cristianos, se fraguaba la historia de la Málaga moderna, también cosmopolita, abierta y liberal. En ella, junto a los cristianos convivirán, aunque no por largo plazo, judíos y moriscos; también, mercaderes extranjeros. De nuevo, pues, un mundo múltiple, abigarrado y diverso, emprendedor y activo.

«La riqueza territorial, urbana y rústica, que quedaba, por derecho de conquista, en manos de los Reyes, sirvió de fundamento para la repoblación cristiana y para premiar a los nobles, eclesiásticos, funcionarios, soldados y servidores que habían colaborado, o les habían ayudado o asistido durante la campaña» (F. Bejarano). Judíos y judería se establecerán extramuros, en lo «despoblado del arrabal de la puerta de Granada»; y quedarán moriscos a los que mucho deberá —como ha demostrado Francisco Bejarano— la acreditada industria sedera malagueña. Otra vez, pues, pueblos distintos viviendo en común en un mismo solar y éste, de nuevo, vuelve a ser ámbito abierto al Mediterráneo, mirando hacia el mar, con la cercana África como horizonte. Junto al cosmopolitismo mantenido, perdurado, como un ingrediente esencial —mundo, el malagueño, en el que nadie podrá sentirse extraño—, el amor a la libertad que se mostrará, también, como una constante de la historia malagueña. Un ejemplo, sacado de entre muchos, puede ser la «rebelión del Almirantazgo» de 1516, relatada por Francisco Bejarano, en la que la ciudad, con su Ayuntamiento a la cabeza, se alzó contra los abusos de los oficiales del tribunal de dicha institución, en defensa de su fuero y libertades comunales».

El siglo XVIII no hará sino acentuar los aspectos antes mencionados. Del cosmopolitismo malagueño del setecientos nos ha hablado, en un precioso trabajo, Ricardo Huelin; extranjeros de todas las latitudes aquí recalan, con el beneplácito de la ciudad, impulsando decisivamente el comercio vinculado a la vid y sus productos. Gracias a las viñas, se amplían e intensifican las rutas del mar y va cristalizando una incipiente y progresiva burguesía —burguesía «periférica»—, base y motor del despliegue malagueño. Hay riqueza —quizás no bien repartida, aunque ello es fruto de la época—, impulso urbano e intensa actividad económica y social.



Vista de la Puercos de Málaga



que se entremezclan burguesía, clases medias y obrerismo, rodeados por una plataforma campesina de pequeños propietarios y arrendatarios, en la costa, y de latifundios en el interior, con abundancia de braceros. Una sociedad, en suma, más conflictiva, pero también más dinámica y activa. Como punto culminante, el afianzamiento del tradicional cosmopolitismo y —aunque como doctrina económica aparezca lógicamente el proteccionismo— el despliegue de una mentalidad liberal y democrática, en la que el republicanismo comenzará a tomar arraigo.

A partir de 1860-65, el declive, la brusca depresión, el camino de la crisis. Desindustrialización filoxera, estancamiento comercial, emigración, pobreza; subdesarrollo «avant la lettre», en

Desde esta época se enraizan en Málaga apellidos que serán luego sostén de su historia más reciente; el Consulado (1785) aglutinará a estos empresarios del primer renacer malagueño, y la Sociedad Económica de Amigos del País (1789) será cauce de sus inquietudes culturales, económicas y cívicas. Pero hay que recordar que al lado de esta Málaga litoral, existen las tierras del interior, la serranía, que junto a sus latifundios verán brotar, escalando los montes, las cepas de los viñedos; y por sus caminos cruzarán, nocturnos y sigilosos, los grupos de los contrabandistas. Se agudizará, en suma, una peculiar «dualidad», una estructura dicotómica mantenida hasta hoy, por la difícil integración de la arisca montaña al próspero y riente mundo de la costa. Dualidad que vendrá a delimitar, también, esas «dos maneras de ser en la historia» del ámbito malagueño.

Y desde aquí, al estallido esplendoroso de los años centrales del XIX. Este llegará tras el dramático ocaso del primer tercio del ochocientos, durante el cual, a la depresión general que aparece en Occidente —y que afecta a Málaga—, hay que unir el sensible colapso que la ocupación francesa, de la que tantas cosas ha contado Oliva Marra-López, ocasiona en la economía y en las actividades malagueñas. Es la industrialización, y la expansión comercial y la prosperidad, a fin de cuentas. Y Heredias, Larios y Loring son las figuras axiales de este desarrollo inusitado y deslumbrante. Y así nos encontramos con la intensificación del cultivo de la vid y de la caña de azúcar llevando el bienestar al sector agrario; y con el crecimiento del comercio, que forzaría la ampliación del ya insuficiente puerto de Málaga; y con el gran empuje urbano, con la formación de «zonas industriales», barrios obreros y ámbitos «residenciales» (en particular, la Alameda, lugar de asiento de las más distinguidas familias, «la oligarquía de la Alameda» que las llamara Estébanez Calderón). Todo ello configura una sociedad más compleja y diversa, en la



VISTA DE LA CALLE DE GRANADA Y TORRE DE LA PARROQUIA DE SANTIAGO.

una palabra. Marcha hacia atrás, ocaso; pero sin perder esas cualidades que hemos visto formarse y atravesar toda la historia de Málaga. En otro lado lo he escrito: «¿qué pasó en ja trayectoria económica malagueña del ochocientos que, cuando se arriba al siglo XX, no solo se ha perdido el esplendor alcanzado sino también su recuerdo? Esta es, creo, la gran incógnita para un historiador. No solo «las cosas», sino «la memoria de las cosas», han desaparecido. Se puede pensar... que la crisis fue tan profunda, tan devastadora, que borró todo vestigio de prosperidad pretérita y llevó a la idea de que nunca se había superado la depresión y la pobreza.

En esclarecer todo este intrincado rompecabezas nos hallamos empeñados un puñado de historiadores. Por-

que lo que nos preocupa es ese contraste, ese tremendo y aún no del todo desvelado claroscuro, esa transición, casi sin pausa, del esplendor a la crisis. Un resquebrajamiento que traerá la desolación y la miseria a un mundo que fue avanzada de tantas cosas en España.

Ayer y hoy: una reflexión.

Cuando se llega al siglo XX, la ciudad y el ámbito social malagueño se han modificado. Junto al proceso de proletarianización, se ha dado el crecimiento urbano hacia el Oeste, siguiendo al ferrocarril; y en el corazón de Málaga, la calle de Larios (1891), se ha convertido en la arteria central del tráfico ciudadano. Pero más allá, por las tierras de Málaga, la conjunción de las crisis industrial y agrícola va dejando su secuela de pobreza, modificando el paisaje, que comenzará a mostrar montes desolados y tierras yermas. Aparece el estancamiento demográfico, el incremento de la emigración, el gran analfabetismo, la depresión económica; en una palabra, la definitiva mutación de una estructura socioeconómica. Y será tan profunda la crisis, que comenzará a olvidarse el esplendor pasado; irá desapareciendo «la memoria de las cosas».

Y ésta es la tarea que tenemos a nuestro alcance: ir recogiendo e hilvanando retazos y problemas de este pretérito tan rico e incitante, para articularlo y reconstruirlo, para devolver a todos esa perdida memoria de las cosas que fueron, ya que ello constituye el gran patrimonio común de los malagueños, en particular, y de los españoles, en general. Porque hoy de nuevo Málaga, por ese «milagro del turismo» (que esta tierra tuvo siempre gran interés para los extranjeros), vuelve a mostrarse cosmopolita y plural; y otra vez, sobre este solar, gentes de razas, lenguas y culturas diversas, al amparo del «mare nostrum» Mediterráneo, viven y conviven desde el litoral a la serranía, prosiguiendo, quizás sin saberlo, la más profunda y sincera manera de ser en la historia del ámbito malagueño.

Juan Antonio LACOMBA

